FF 50 392

Revista de Filosofía es un programa de la Facultad de Filosofía de la UNED que coordinan Antonio García Santes Mases y Francisco José Martínez. ¡Un saludo a todos! Nuevamente vamos a dedicar el programa a un libro. Rumbo al sur deseando el norte, un libro de Ariel Dorn.

Un libro entre la narrativa y el ensayo. Una obra importante para conocer los problemas de la democracia, de la libertad en América Latina. Vamos a hablar de los hechos ocurridos durante los años de represión en Chile y en Argentina.

Nuestro invitado de hoy, el profesor Mario Salvatierra, es argentino. El libro de Dorn, que va a comentar esta noche Mario Salvatierra, junto con Antonio García Santes Mases, recoge todos estos hechos a través de la mirada de un joven que se ve trasplantado del norte al sur, de ahí el título, un proceso que desemboca en el Chile del golpe de Pinochet. Antonio García Santes Mases, Mario Salvatierra, bienvenidos.

Buenas noches. En esta revista de filosofía contamos con un invitado especial para esta facultad, con el profesor Mario Salvatierra, que ha sido alumno de doctorado en esta casa y que está a su vez haciendo la tesis doctoral en nuestra facultad, dirigido por un antiguo profesor de esta universidad, por Manuel Reyes Mate, pero hoy no le hemos pedido que venga a hablar exactamente de la tesis, sino como en esa doble condición que él tiene de argentino y español, tanto sobre los hechos como sobre las ideas, sobre las narraciones como sobre los últimos acontecimientos. Es evidente que para nuestros oyentes, entre los últimos acontecimientos importantes, está todo el debate sobre la memoria, la reconciliación, el oprobio, lo que significa la palabra de las víctimas en todo el tema de lo ocurrido en Chile y lo ocurrido en Argentina.

Durante tiempo se pensó que estos procesos de transición exigían como un elemento esencial el olvido, es decir, que lo ocurrido en esos años durísimos de represión contra lo que los militares llamaban la insurgencia y de todas las actividades de tortura, de desaparición, pues debía quedar de alguna forma un poco en el pasado para que se pudiera producir una reconciliación y un acceso de estos países a la economía de mercado que no habían abandonado y a la democracia que sí habían abandonado y hasta qué lugar. Y de alguna forma esto se ha roto un poco o mucho cuando se produce todo este proceso de que la jurisdicción a nivel internacional se siente legitimada para poder actuar en contra de estos crímenes, para poder permitir o para poder lograr que no queden impunes, y esto ha venido vinculado a toda una reflexión teórica, entre las cuales está la aparición de un libro de Ariel Dorfman, Rumbo al Sur, Deseando el Norte, que sabemos que Mario Salvatierra ha trabajado y que incluso ha publicado en la revista Libros un comentario sobre este libro de Ariel Dorfman, que es una obra a caballo entre la reflexión política, la literatura, un libro que ha tenido comentarios muy elogiosos, por ejemplo comentarios de Wiesel diciendo que una conciencia al ser herida transforma las palabras en un testimonio necesario en poesía ardiente, comentarios pues también de The Spectator, honestidad casi dolorosa, entonces de alguna forma la primera impresión es, ¿qué te ha impresionado a ti este libro de Dorfman?, ¿qué viene a significar en

este contexto donde a la vez que se conmemora los años ocurridos? En septiembre pasado conmemoramos 25 años del golpe de estado contra Salvador Allende, pero a la vez conmemoramos, pues todo ha sido una conmemoración que ha estado vinculada a todo este proceso de la judicatura contra Pinochet, ¿qué impresión te da el libro?, ¿qué viene a recoger el libro en esos dos mundos que cuentan? El norte y el sur, del chico que está en Estados Unidos y del joven que vive todos los procesos de la democracia chilena, de la unidad popular. La primera impresión que uno tiene al leer el libro, después de todos los procesos que hemos visto terribles de dictadura, es en qué medida es posible salvarse, pero no en un sentido trascendente de salvación, es decir, buscando una escatología trascendente, sino viendo en qué medida es posible salvarse en la historia, es decir, cómo reconstruir las identidades, cómo reconstruir el pasado en nuestra historia, es decir, la salvación alguien la puede plantear como algo que pertenece al más allá, y bueno, pues este tiene un sentido religioso, pero también puede ser planteada como algo que nos pertenece a nosotros, en este momento, aquí y ahora.

Entonces, cuando alguien lee el libro de Dorman, se pregunta en qué medida es posible que el ser humano se salve de la tragedia de la historia, se salve de la etnomilia, se salve de la cevicia, de la excesiva crueldad que le ha tocado padecer. En este aspecto, pues claro, en Dorman nos encontramos con una posición de un hombre que se ve a sí mismo como frágil, que se ve a sí mismo como desesperanzado, pero que no quiere verse sumergido en un destino trágico, y en ese aspecto me parece que es muy importante ver la obra de Dorman como una obra que se pregunta por la salvación de un pasado, de un pasado que nos pertenece a todos y no sólo a unos pocos. De alguna forma la obra, como obra literaria, trata de combinar continuamente como dos experiencias, incluso en la propia portada, en la primera portada está la bandera de Chile, la bandera de Estados Unidos, está la doble imagen, que por eso el que no haya leído la novela, que se la recomendamos, bueno, no es exactamente una novela, no sé qué género literario sería el más adecuado, porque no es una novela, pero tampoco es un ensayo, es una combinación entre narración, reflexión, ¿no? Exacto, exacto.

Entonces combina una cosa que, claro, el que no lo conozca dirá, esta gente de la que está hablando, que es un poco la vivencia de este chico, hijo de un funcionario de Naciones Unidas, que está viviendo en Estados Unidos en todo el periodo de la Guerra Fría, en todo el periodo del macartismo, con lo cual tiene toda esa vivencia muy directa de lo que significa el macartismo, lo que significa el inicio de la Guerra Fría, y cómo eso le hace en un momento determinado tener que abandonar Estados Unidos a su familia, tener que ir a Chile, y entonces esa combinación del niño educado en inglés, el niño que esforzaba hablar en castellano, hay una de las anécdotas de la obra que él recuerda, que quizás es más significativa, de ese profesor que se ríe de él en clase el primer día que acude, porque no es capaz de hablar en castellano, y que él se lo encuentra años después, cuando él ya es un afamado escritor, y se acerca a él y le dice, yo le admiro mucho, señor Dorfman, pero él no se atreva a decirle, sí, pero yo era aquel alumno del que usted se rió aquel día, aquella mañana, en aquel colegio. Entonces, esa vivencia que naturalmente tiene ese destino trágico, que es, en una parte de los capítulos, recordar esa infancia y esa juventud, y en otra parte, recordar lo que es, como muy

bien decías tú, que de alguna forma él vive porque alguien murió por él, es decir, esa vivencia verdaderamente tremenda, de que él es uno de los funcionarios, de los asesores de la moneda, y que justamente la noche donde se produce el golpe, él no está porque no le tocaba ese día, y había otro que le tocó, y que entonces él tiene toda esa vivencia de lo que es Chile. Yo en ese sentido te diría que, como persona, aunque tú eres más joven que Dorfman, pero que viviste el proceso argentino en fechas parecidas, aunque un poquito más tarde, quizás, desde el 74 al 77, y estos del 70 al 73, pero qué impresión te ha dado ese recuerdo que él tiene de lo que fue el proceso chileno del 70, cómo crees tú que están narrados todas esas contradicciones del proceso de la unidad popular que desemboca al final en el golpe de Pinochet? Creo que Dorfman tiene la capacidad suficiente de narrar las cosas pero sin rencor.

Me parece extraordinariamente exquisito en la mínima objetividad que él se exige a sí mismo, y cómo procede a hacer una revisión sin caer en un maniqueísmo barato, en convertir a unos determinados personajes en indios y en otros en cowboys, a unos personajes en buenos y a otros personajes en malos. Dorfman hace una revisión que no es alegre, y digo esto porque normalmente cuando uno se posiciona desde un punto de vista político en tal punto de vista, convierte al otro en un enemigo. Dorfman, digo que no es alegre porque él trata de observarse a sí mismo en cuáles fueron los errores del propio proceso de la unidad popular, frente a quienes suponen que todo ese periodo fue un periodo impecable, sin ningún tipo de error, sin ninguna tipo de objeción que se pueda hacer, Dorfman sostiene que efectivamente se han cometido errores.

Errores, por ejemplo, de precipitación política, como por ejemplo ver un movimiento de izquierda revolucionario que abusaba de la bondad del propio régimen de Allende, errores de recursos verbales innecesarios, errores de, por ejemplo, no saber conseguir o lograr consensos democráticos cuando eran importantes conseguirlos, y por tanto de radicalizar innecesariamente en algunos aspectos el lenguaje de ruptura de revolución democrática. ¿Es bien cierto que él reconoce esos errores? Vamos a parar un momento ahí, al hablar de los tres errores, porque efectivamente a mí uno de los momentos que me ha impresionado más del libro, hablando de este primer error, de la precipitación, es un poco el problema de cómo esto lo vincula a él al tema de la violencia. Entonces a mí me parece que es muy impresionante para el lector ese instante donde él explica que ya se ha producido el golpe en las primeras horas, en los primeros días, cuando él va por la calle, cuando él... ¿Se encuentra soldado? Se encuentra soldado, sí.

Él va con otro compañero, también clandestino, que está intentando ver cómo le puede sacar del país, qué es lo que conviene hacer, y entonces, ya son clandestinos, aunque hace 48 horas fueran legales, pero ya son clandestinos, y entonces se ven ante un soldado, se miran, no hay nadie, ellos piensan que, bueno, no hay nadie, pues podrían coger el fusil y acabar con el soldado, pero de pronto no lo necesitan verbalizar, solo se miran a los ojos, como decir, no vamos a acabar. Es como si de pronto hubieran resumido en esa mirada años de reflexión y años de historia. Nuestra vía es una vía democrática, no es una vía armada.

Y entonces ahí está ese punto que es importante, que es el contraste, efectivamente, de la figura de Allende, que yo creo que está muy bien caracterizado literariamente, frente a la figura de Fidel Castro, o frente a la figura en Argentina, naturalmente, de Perón, por poner dos ejemplos completamente distintos a Allende. Bueno, pues una vía que había sido una vía revolucionaria, una vía armada, que genera a partir de ese momento un régimen revolucionario en Cuba, donde no vuelve a haber elecciones, donde hay partido único, un régimen, por el contrario, de pluralidad de partidos, de vía democrática, como el que defiende Allende en Chile, o en una posición populista como la de Perón. ¿Cómo viviste tú todo aquello, esa situación, antes de entrar en lo de los recursos verbales o en lo del consenso? En el caso de cuando él se encuentra con el soldado, en todo el proceso de Allende hay una profunda convicción de orden moral.

Ellos creen que la revolución democrática tiene una carga y un peso moral frente a quienes pueden, en un futuro, acudir a la violencia. Es decir, si yo soy una persona que respeta solemnemente la pluralidad política, la igualdad política, por tanto no privilegia a unos ciudadanos sobre otros, y a la vez es exquisito en el respeto con los derechos humanos, pues es una apuesta muy fuerte por el valor de la vida, el valor de la libertad, el valor de la igualdad, la dignidad de las personas, podemos llamarlos así. Entonces yo creo que aquí hay un primer elemento que difiere en todo el proceso chileno de todo lo demás, que es hagamos la revolución pero desde la democracia, entendiendo que democracia implica una concepción igualitaria del hombre, por tanto no hay ningún hombre que pueda superponerse o privilegiarse sobre otros hombres.

Y es esa concepción ética, profundamente ética, una concepción profundamente ética, alguien podría decir hasta cristiana, de la persona, la que les impide a ellos tomar las armas. Y eso, en lo que llama el propio autor, y que es un término muy utilizado ahora, del imaginario, en vuestro imaginario, ¿cómo se vivía eso? Es decir, ¿era más atractiva la figura de Allende, más atractiva la figura de Fidel? ¿Cuba era una revolución victoriosa? Allende era una vía incierta, ¿cómo se vivía eso? Se vivía de una forma contradictoria. Por un lado, Fidel para nosotros significaba un proceso revolucionario que permitiría en un futuro una vía verdaderamente autónoma, la conquista de la soberanía, pero por otro lado también sabíamos apreciar el gran valor de Allende.

Es decir, creíamos firmemente que la revolución de Allende era una revolución totalmente democrática, y que no iba a conllevar a los vicios que había conllevado el estalinismo o la versión marxista-leninista. Entonces se producía ahí una tensión entre tanto uno como otro, porque es verdad que muchas veces decíamos que una democracia en el sentido pleno iba a ser interrumpida por una clase social muy ligada evidentemente a la clase terrateniente, oligárquica, y por tanto muy ligada a las fuerzas militares. Y que cuando ellos vieran que esa democracia amenazaba sus intereses, que ellos habían considerado como intereses patrios, pues entonces sí tenían que recurrir a las fuerzas armadas, recurrirían a las fuerzas armadas.

Y ahí los otros dos carreros de los que hablas, los recursos verbales innecesarios. En efecto,

recursos verbales innecesarios como por ejemplo alocuciones de Allende en defensa del Pol Pop, en defensa de posicionamientos terribles, como por ejemplo fue lo que ha ocurrido todo en Camboya. Nosotros creemos que era tensionar innecesariamente la historia.

¿Por qué? Porque no olvidemos que todo esto lo tenemos que encuadrar en un proceso histórico de Guerra Fría, y que era conveniente no darles argumentos de intervención al enemigo. Es decir, no era conveniente despertar el monstruo, ¿no? No era necesario. Pero ¿el consenso con qué sectores se podía hacer? Termino, consenso necesario.

Es decir, porque es verdad que en la historia chilena siempre se ha interpretado la sociedad de tres tercios muy distinto a la de Thatcher, ¿no? Exactamente tres tercios. El tercio de los conservadores, el tercio democristiano, el tercio de los partidos vinculados a la unidad popular. Después eso avanza, el tercer tercio, porque una parte de la democracia cristiana el MAPU la apoya, entonces eso va avanzando.

En vez de ser un tercio del 33 casi llega al 38, al 40, al 42. Eso va avanzando. Porque hay una gran crisis del sector intermedio, la democracia cristiana.

Entonces ahí siempre se ha planteado la interrogante de en qué medida era posible un consenso con el sector intermedio, con la democracia cristiana, un aislamiento del sector más conservador. Pues como aparece en distintas películas, pienso por ejemplo en La Casa de los Espíritus, ¿no? Claramente la imagen de cómo el patricio del partido conservador está apoyando al golpe militar. O por el contrario, si ya todas las cartas del sector intermedio estaban... Ahí yo creo que se plantea un poco ese debate, ¿no? Sí, yo creo que si se podría haber llegado a una coalición o a una cohabitación hubiera sido con la democracia cristiana, sin duda.

Ocurre que, bueno, pues el devenir de la historia hizo que se radicalizara verbalmente el discurso político. Dorman lo escribe con el ejemplo de un amigo de él del padre de un amigo de él, en un ejemplo de don Patricio. Es decir, es una persona que está trabajando, pero como no es totalmente afín o no se pliega totalmente a los designios de lo que se entendía como la vía revolucionaria, se lo margina del trabajo.

Y se pregunta, Dorman, ¿esto era necesario? ¿Era necesario marginar a don Patricio, convertir a don Patricio en una basura civil? Yo creo que, bueno, Dorman dice, efectivamente no era necesario. Esa radicalización no era necesaria. ¿Por qué? Porque en un futuro hubiese existido muchísima gente de la democracia cristiana que hubiese hecho compatible el propio discurso liberalizador que promulgaba Allende con sus propios planteamientos.

Pero, sin embargo, se radicalizó y se introdujo una dialéctica que era, o estás conmigo o estás contra mí. Es decir, en el ámbito de lo político, o amigo o enemigo, pero no es posible diálogo alguno. Y yo creo que este fue, evidentemente, un gran error.

Es decir, ¿era necesario llegar a esos extremos? Yo creo que no. ¿Por qué? Porque los procesos,

evidentemente lo tiene que decir cualquier marxista, los procesos tienen un curso histórico. Y, tal vez, acelerar precipitadamente los cursos históricos pues es una mala lectura del marxismo mismo, ¿no? Bueno, pues vamos a dejarlo aquí.

Vamos a invitar a Mario Salvatierra a otro programa para seguir hablando de estos temas. Nada más y muchas gracias. No tenemos más remedio que dejarlo aquí.

Gracias Antonio García Santes Máses y a Mario Salvatierra. Nos vamos. Os recordamos que el miércoles estaremos de nuevo aquí para seguir comentando este libro de Ariel Dartmouth.

Buena semana.